

LA TERTULIA.

DIARIO PROGRESISTA-DEMOCRÁTICO DE LA MAÑANA.

AÑO II.

Sábado 14 de Setiembre de 1872.

NÚM. 257.

LA TERTULIA.

MADRID 14 DE SETIEMBRE DE 1872.

PARTIDOS Y PANDILLAS.

Cuando los partidos políticos tienen principios cuya realización en la esfera práctica es el fin de todos sus actos, es la razón de su existencia, entonces, cualesquiera que sean las circunstancias, en que la corriente de los sucesos los coloque, siempre conservan su primitiva organización, y continúan trabajando para sacar triunfante el ideal que les da vida.

Pero cuando los partidos carecen de un pensamiento patriótico y levantado que les sirva de norte, que dé justificación a sus actos y unidad a su conducta; cuando son meras asociaciones mercantiles, cuyos miembros solo se proponen auxiliarse mutuamente para crearse elevadas posiciones y obtener pingües utilidades pecuniarias a costa del país, y para conseguir su objeto echan mano simultáneamente, según les conviene, ora de la compasión, ora de la fuerza; cuando este conjunto de inmoralidades y de negociaciones constituye el modo de ser, la esencia íntima de los partidos, estos están sometidos por completo al oscilar continuo de los acontecimientos, y nacen ó mueren, se conservan, se disuelven ó se reorganizan, según que soplan ó no vientos favorables ó vientos adversos a los fines puramente utilitarios, egoístas, de los asociados.

Por eso el partido radical en medio de las vicisitudes por que ha pasado, y lo mismo cuando ha sido poder que cuando ha tenido que luchar desde el campo de la oposición, se ha mantenido unido y compacto, sin amagos de descomposición ni de muerte; sin dibujarse en su seno encontradas tendencias, permaneciendo la inmensa mayoría de sus individuos firmes, inmóviles en el terreno legal que es el único, mientras subsista en pie el Código fundamental, en donde el radicalismo está llamado a moverse y a dar pleno cumplimiento a su aspiración de armonizar, de mantener en estrecha é indisoluble unión la monarquía con los principios democráticos, la institución única capaz de dar estabilidad a las conquistas revolucionarias, con las reformas políticas que la ciencia de consuno con el buen sentido de los pueblos reclama como indispensables, como necesarias para el progreso moral, intelectual y material de las sociedades modernas. La fe en sus principios a la vez que la indeleble verdaderamente política y científica de estos, he aquí lo que constituye la fuerza vital de nuestro partido, lo que pone su existencia y su unidad por encima de las veleidades de la suerte y la protegerá siempre contra las asechanzas ó los francos ataques de sus adversarios.

El llamado partido conservador pertenece, por el contrario, a la segunda clase de las dos cuyos caracteres distintivos hemos señalado. Nació mediante la fusión mas aparente que real de elementos de opuestas procedencias, cuya única condición común era la falta de fe política, esa agrupación de hombres de negocios dedicados cada cual a hacer el suyo a expensas de la cosa pública, solo podía vivir y vivir perfectamente, mientras dispuso del presupuesto y convirtió la administración en una máquina de chupar el jugo a los pue-

blos, seduciéndolos al propio tiempo con corruptoras liberalidades ó amagándolos con la explosión de su ira.

Pero desde el momento en que la animación de la vida oficial ha faltado a ese fantasma de partido improvisado por los traviesos fronterizos y los insaciables sagastinos para sorprender la buena fe de un monarca que aun no conocía a fondo, como conoce ya, la índole y propósitos de cada uno de los bandos que luchan en el palenque político, desde aquel momento se inició la disolución de los mal combinados elementos pseudo-conservadores.

Si hubieran tenido un credo político que pagara, defender y reducir a práctica, tal descomposición no habría sobrevenido; mas faltándoles esa sólida base y habiéndose quedado sin el único vínculo que los unía, no siendo ya hermanos en el presupuesto, los conservadores de farsa vagan de acá para allá sin cohesión, sin unidad, entregado cada cual a sus propias fuerzas, movido por sus particulares intereses ó afectos.

Cuando los conservadores eran poder, el duque de la Torre y el Sr. Sagasta se disputaban la jefatura; hoy que están en la desgracia, y que les hace mas falta que nunca organización y dirección, carecen como antes de bandera, y además de cabeza que los guíe. Trataron de paliar y disimular su impopularidad, su desprestigio y las escasísimas simpatías que tienen en el país, y para ello, discurrieron algunos, con prudencia, aunque por interesado impulso, el retraimiento de la batalla electoral, a que les desafiaba nuestro partido: los que creían tener probabilidades de éxito, se reservaron, sin embargo, su libertad de acción, importándoles poco el ridículo en que dejaban a la mayoría de sus amigos. Esta anarquía conservadora ha sido, en verdad, de no poco provecho para nosotros, porque ha servido para desnudarlos por completo a los que se arrogaban una representación y una importancia que nunca han tenido.

Ansiosos de vengar la peor ofensa que podía inferirseles, la de verse arrojados de la sala del festín, pues no otra cosa es para ellos la esfera del gobierno, cuando acababan de tomar las mas esquisitas precauciones para entregarse sin estorbos a los goces de una sibarítica existencia, fulminaron irreverentes amenazas contra la dinastía; pero faltos en esto, como en todo, de unidad de pensamiento y de aspiraciones armónicas, los mas revoltosos, los fronterizos, se han lanzado resueltamente por la pendiente del anti-dinastismo; mientras que los sagastinos vacilan todavía, y muchos no se atreven a romper de una vez con lo existente, no por pudor ni por afecto, sino por miedo de encontrar en la senda que les trazan los fronterizos, su completa anulación.

Por último, asombrados del éxito que ha obtenido en los comicios el partido radical, y comprendiendo, al menos por instinto, la conveniencia de organizarse de algun modo, siquiera para no perder la apariencia de partido, los conservadores vuelven a dejar entrever el dualismo y la carencia de ideas que los hace impotentes, pues mientras alguno de sus órganos, *La Prensa*, quiere mantener la alianza de los antiguos unionistas y de los ex-progresistas sagastinos para salvar la patria solamente, que es como si digiera para echar a pique Constitución y dinastía, otro de sus periódicos, *La Independencia Española*, sueña con

emanciparse del yugo fronterizo y con reconstituir el antiguo partido progresista, sirviendo por supuesto de núcleo y centro de atracción el señor Sagasta y su desacreditada camarilla.

Todos estos hechos prueban el completo desorden que reina en el seno del supuesto partido conservador, y confirma la opinión que en tesis general hemos espuesto al principio de que, solo los partidos que, como el nuestro, tienen un credo político científico, saben de donde vienen, y a dónde van, y lo que quieren, y fuertes y grandes con su ideal, conservan tan vigorosa existencia en el poder, como en la desgracia.

EL CISMA DE ESPAÑA.

Desde hace algunos días circula por la prensa una nota oficial del obispo de Jaén, que, por juzgarla apócrifa—pues parece imposible que un prelado escriba tal documento—no habíamos querido publicarla. Pero, al convencernos de su autenticidad, no podemos menos de darle cabida en *La Tertulia*, para que el país y el gobierno se convengan de la actitud facinorosa del Sr. Monescillo, y de otros muchos obispos españoles.

Dice así: «Con fecha 26 del corriente nos ha dirigido nuestro excelentísimo prelado la nota oficial, cuyo tenor es como sigue. Al disponer se insertaran en el *Boletín Eclesiástico* de nuestra diócesis los documentos producidos por el cabildo catedral de Lugo y por su prelado, tuve muy en cuenta la debilidad de muchos, muchos e rigos de Jaén, y para contentarlos, de aquella disposición, creyendo que de este modo íbamos sosteniendo la reconocida inconstancia de ciertos gentes. Vista, pues, la actitud del pueblo fiel, irrespetuosa de algunos miserables, desde luego de claro suspensos de confesar y predicar a todos y cada uno de los que juraron la Constitución, y de los que tomaron igual partido.

Después del juicio emitido y de la conducta observada por el episcopado, de mi continua predicción sobre la materia, y constando a todos oficialmente con qué género de insistencia he reprobado, por medio del *Boletín Eclesiástico*, la extraña manera de pensar y obrar de los juramentados; tengo por temerarios e irrespetuosos y despreciosos de mi autoridad sacerdotal, que deshonran además a todo el cisma, con su heroica constancia está dando al pueblo fiel. Atendiendo a que entre los juramentados hay capellanes que por escasez del personal hacen suma falta para el cumplimiento de semanas y cargas, he limitado la suspensión al recogido de licencias de confesar y predicar, pues en otro caso la hubiera decretado absolutamente.

Juzgo indignos de enseñar y dirigir conciencias a quienes dan muestra de despreciar los juicios doctrinales y prácticos del episcopado y del clero en general. Nombré también de orden mia arcipreste de Baza al que ahora es teniente, comunicándole el caso; al actual, incurso también en la suspensión anticlerical. Considere ese como oficial esta nota, y que de ella tenga conocimiento nuestro cabildo catedral. Intímese a los capellanes que son o fueron juramentados, que al percibir sus respectivas asignas, devuelvan al fondo capitular los seculares que en su cumplimiento de congrua vienen percibiendo.

Y lo transcribimos a V. E. para que, reuniendo a los capellanes y beneficiados de esa santa iglesia, les dé conocimiento de lo dispuesto por su excelencia ilustrísima en la preinserta nota oficial, comunicándoles haberla cumplido todos a los fines oportunos. Adjunta es una lista de los sujetos incurso en las penas impuestas por nuestro excelentísimo prelado a los que han prestado juramento de fidelidad a la Constitución de 1869.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Jaén 29 de Agosto de 1872.—El gobernador eclesiástico, Maximiano Angel.—Señores presidente y capellanes de Jaén.—Es copia.

Vamos por partes, Sr. Monescillo. V. E. declara suspensos de confesar y predicar a todos los clérigos que han jurado el Código fundamental que la nación española se ha dado en uso de su indisputable soberanía.

Este acto supone que V. E. no ha jurado ni reconocido tampoco aquel sagrado libro, el libro donde se reconocen y garantizan los derechos del hombre y las facultades que recibió de su Creador; el libro que autoriza a V. E. para emitir su libre pensamiento, y le protege en el ejercicio de su misión eclesiástica que es, predicar la religión, enseñar hábitos de obediencia, dar prestigio a los

poderes y moralizar las costumbres; el Código, en fin, que al escribirlo la soberanía nacional le dió fuerza de obligar, con ó sin juramento, a todos, absolutamente a todos los españoles.

Cuando se presentó la cuestión del juramento del clero, todo el episcopado español se dirigió al infalible jefe del cristianismo en consulta sobre si debía ó no ejecutar aquel acto; deseando saber además, si dadas las condiciones de la Constitución y del juramento, se oponía en algo al dogma y a la conciencia de los católicos.

Aquel infalible jefe declaró en varias ocasiones que, sin faltar a las convicciones católicas, se podía jurar la Constitución. ¿Quiere V. E. ser mas infalible que el Papa? ¿Pretende que sus declaraciones tengan mas autoridad que las del Pontífice romano? De ser así, preciso es confesar que V. E. se ha declarado en rebelión contra las determinaciones del Papa, cuya autoridad es para V. E. despreciable. ¿Y es V. E. el que, después de esto, se atreve a calificar de irrespetuosos y otras frases mas duras, impropias de un obispo, a los clérigos que, dando al César lo que es del César, como lo preceptúa el Evangelio, y autorizados por la cabeza visible de la Iglesia, han jurado la Constitución y reconocido el único poder que hoy existe como fuente de los demás, la soberanía popular? V. E., Sr. Monescillo, no puede llamar irrespetuosos a los que no siguieron un consejo que V. E. les había dado, porque V. E. ha comenzado por no seguir los consejos del Pontífice romano. ¿Lástima que un hombre tan ilustrado como V. E. se entregue con tal decisión a las pasiones políticas, causa y origen de su despreciable actitud!

El hecho de no haber jurado V. E. la Constitución, a pesar de la declaración pontificia y del ejemplo del cardenal arzobispo de Toledo, demuestra que V. E. reconoce y practica el principio de libertad y de conciencia. Y dado esto que V. E. no podrá negar porque sus actos lo dicen. ¿Con qué derecho quiere imponer su criterio a los demás? ¿Cómo se atreve a aconsejar primero y a mandar después, que ningún clérigo de su diócesis preste el juramento a la Constitución del Estado, y califica de miserable—¡de miserable a un ministro del altar!—a los que que la juraron? ¿Qué? ¿Existe para V. E. la libertad de conciencia, y no existe para los demás? ¿Qué? ¿Están los clérigos de su diócesis obligados a obedecer su simple consejo, y no lo está V. E. a seguir el consejo del representante de Jesucristo? La conducta de V. E. no jurando, autoriza a los demás clérigos a prestar el juramento.

¿Qué ejemplo de mansedumbre y lenguaje moderado da V. E. a sus subalternos? ¿Qué desengaña a las gentes sencillas que tanto respeto profesan al sacerdote, y que no encuentran calificativo bastante para honrarle, llamándolo miserable? Después de ese calificativo de V. E., cualquiera puede llamar impunemente miserable al clérigo juramentado que encuentre en la calle ó en otro lugar, fundándose en la autoridad de V. E. ¡Ah, Sr. Monescillo! ¡Cuán lejos está V. E. de su misión! ¡Cuán ha rebajado la dignidad del clero al evitiéndose a llamarlo miserable!

Pero hay mas. Si los clérigos no deben jurar la Constitución, porque en ella se contienen preceptos contra el dogma ó contrarios a la conciencia católica, todos los que hayan prestado el juramento, están excomulgados *ipso facto* y fuera de la comunión cristiana. Y dado esto, que es lo único en que se pueden fundar para no prestarlo, ¿cómo deja V. E. ejercer cargos eclesiásticos, a los «capellanes» que por escasez de personal hacen suma falta para el cumplimiento de semanas y cargas? ¿Es que reconoce V. E. que no debe recaer excomunión contra los juramentados? En este caso, tendrá V. E. que confesar que la Constitución no contiene nada contrario al dogma y a la religión católica. Y si nada contiene en este sentido, ¿en qué se funda V. E. para no jurar y para prohibir que otros juren? ¿En qué se funda

para castigar a los que han jurado? V. E., al colocarse en esa actitud, se declara en abierta rebelión contra los poderes constituidos, excita de palabra, con su ejemplo y con su mandato, a la rebelión, y falta a los preceptos de la ley fundamental, que reconoce la libertad de pensamiento y acción, y a lo preceptuado en otros códigos españoles, que castigan a los que excitan a la rebelión y a la desobediencia.

Además, V. E., al imponer un castigo a los juramentados y prohibir a otros que juren, reconoce que la Constitución no debe jurarse; y al sostener esto, se pone también en rebelión con el Papa, que ha declarado lo contrario. Ya sabe V. E. el nombre que merece el que se aparta de las determinaciones del Pontífice infalible.

En otro párrafo dice V. E. que el mejor timbre del clero español es su constancia en no jurar la Constitución, es decir, en desobedecer a los poderes temporales en asuntos de su competencia y el gran ejemplo que con esto están dando al pueblo fiel.

Efectivamente, la actitud, el ejemplo y predicciones de la mayoría del clero no juramentado, son la causa de que en España exista la guerra fratricida y de que se esté derramando sangre española en los campos de Cataluña. ¡Ah, Sr. Monescillo! V. E. no ha meditado bien lo que ha escrito; de otra suerte, ¿cómo había de envanecerse la conducta del clero rebelde, cuyos resultados son tan contrarios a la misión del catolicismo? ¿Cómo había de vanagloriarse de esa actitud rebelde en que está colocada la mayoría del clero español? Si V. E. se envaneciese y elogia esa conducta, cuyo resultado es la guerra civil, la sangre de aquellas infelices víctimas caerá sobre V. E. y sobre todos los que acepten y fomenten la actitud del clero, único origen de aquella desastrosa campaña.

Mucho más teníamos que decir sobre este asunto; pero nos abstenemos de hacerlo hoy, a fin de evitar que este artículo tome proporciones molestas para nuestros lectores.

UN ARTÍCULO DE «EL TIMES».

La prensa extranjera se ocupa de la política española con todo el interés que seguramente merece en estos momentos, y en general con una imparcialidad a que no estábamos acostumbrados. Naturalmente: las últimas elecciones, que tan da relieve han puesto el espíritu liberal de la nación española, son el asunto que de preferencia ocupa a nuestros colegas de otros países, y los mas autorizados, tributan al brillante éxito conseguido por el partido radical en el llamamiento que acaba de hacer al país, los mas sinceros y entusiastas plácemes.

Muchos son los artículos que pudiéramos trasladar a nuestras columnas, en que se prodigan aplausos a la dinastía y al Gobierno español por su reciente y magnífico triunfo, pero por hoy nos limitaremos a transcribir el que a las últimas elecciones dedica *El Times* de Londres, el decano y el jefe de la prensa periódica, el diario que por su posición y su crédito está en situación de tratar con mayor independencia los acontecimientos del mundo político y de juzgarlos con arreglo a mas exactos informes.

Todas las apreciaciones de nuestro colega londinense son tan magistrales como verídicas, y las pasadas transformaciones de la política interior española aparecen presentadas con un tino digno de todo elogio; así, sin estendernos mas, y llamando la atención de cuantos se interesan en el curso de los asuntos públicos sobre lo que sigue, cedemos la palabra a *El Times*, cuyo artículo dice de esta manera:

«El resultado de las elecciones de España es verdaderamente admirable. Todo el mundo esperaba que solo con que el Sr. Ruiz Zorrilla cumpliera la mitad de sus ofertas y dejase la libertad prometida, obtendrían los radicales una gran mayoría; pero nadie: ni el mismo Sr. Ruiz Zorrilla,

— 516 —

— Los de Burdeos y Perigord. Tu eres de Perigord, ¿no es cierto primo?

— ¿Y qué? dijo Biron.

— Que si te parece hablaremos de ti, de tu lujo real, de tus gentiles hombres, adornados con los colores de tu casa, como de tu gobierno, de los consejos que te dan para que hagas un reino y que sin embargo se hace mal la justicia.

Todo esto lo decía Noé con tono burlesco y medio llena la boca, pues no perdía bocado.

— Pero ¿Qué es lo que estás charlando, primo? preguntó el mariscal algo picado.

— La verdad, querido.

— Me dices que no se hace justicia en mis dominios?

— No, no se hace.

— ¡Oh, esta es buena!

— Y como jamás digo lo que no pueda probar, replicó Noé, te dare pruebas de la verdad de mis palabras.

— Pues habla.

— Al venir aquí me he detenido en un castillo, en donde hay dos pobres huérfanos, continuó Noé, un joven y un joven de quince a diez y seis años.

— ¿Y qué?

— El padre de estos ha sido nuestro compañero. Se llamaba el barón de Arcy.

— ¡Calla! dijo Biron, parece que quiero recordar...

— Si, un buen amigo y un buen soldado.

— Eso es. Este ha muerto rico, pero sus hijos son pobres.

— Pero, ¿cómo puede ser eso?

— Un tutor les ha usurpado sus bienes.

— ¡Vive Dios! dijo el mariscal, hay tribunales y

— 517 —

justicia en mi Gobierno de Borgoña, y si se hubiera dirigido a ellos...

— Lo han hecho, ó mejor dicho, lo han intentado.

— ¿Y qué?

— Que se han mofado de ellos, diciéndoles que puede mas un cañon que un arcabuz, y que los pequeños como ellos nada deben de reclamar a los poderosos.

Biron manifestó un exceso de orgullo.

— No conozco en Borgoña nadie mas poderoso que yo, dijo.

— En eso te engañas, primo, dijo Noé, porque aquel de quien yo hablo es mas poderoso que tú, razón porque no se hace justicia a esos pobres huérfanos.

Al oír esto Biron dió un puñetazo sobre la mesa, diciendo:

— ¿Te estás burlando, primo?

— No, de ninguna manera, repuso Noé.

— Es decir que pretendes que hay en Borgoña un hombre mas poderoso que yo!

— Si.

— ¡Primo!... ¡Primo!...

— Pues bien; si no quieres que así lo crea, prosiguió Noé, el cual había conservado toda su calma, haz que te se presenten esos pobres huérfanos, y devuélvelas las haciendas que les han quitado.

— Pero dónde están esos huérfanos?

— Aquí, dijo Noé. Porque seguro que les darías audiencia, les he hecho venir conmigo y aguardan tu venia en la próxima cámara.

— Si, les daré audiencia, dijo el mariscal y les haré justicia, pero antes...

— ¿Quisieras saber el nombre del hombre que pasa

— 520 —

Desde que Biron era gobernador en Borgoña, este no había admitido a su mesa sino grandes señores, y quien había de sospechar que un caballero vestido tan ordinariamente había de ser un alto personaje?

Así fue que en cuanto el paje se presentó llorieron sobre él mil preguntas.

Florimont se contentó con decir:

— Señores, sois muy todos. El caballero que acaba de entrar, y a quien el señor mariscal ha abrazado, es simplemente el conde Amaury de Noé, primo de monseñor, y mas noble que todos los que aquí se hallan, pues descendiendo en línea recta del venerable patriarca que plantó la viña, y amigo íntimo y querido de S. M. el rey Enrique, nuestro amo.

Por consecuencia, es invitado a que os inclineis hasta tocar con la frente en el pavimento a su paso, si es que queréis seguir en gracia de Mr. Biron, y creo deber prevenir a los que esperan audiencia...

Y Florimont se detuvo, dando grandes risotadas.

Luego continuó:

— Pueden marcharse a sus casas. Esta noche, monseñor Biron no recibirá a nadie, pues pasará la noche... en familia.

— ¡En familia! dijo un chambelán.

— No he dicho ya que Mr. Noé es su primo?

— Pero ¿y esa joven y ese jovenito vestidos de negro?

— También serán de la familia, si no lo son. Por consecuencia, señores, continuó el paje con la impertinencia de un favorito; marchaos a descansar y no tengáis malos ensueños.

Al decir esto Florimont, se abrió; asó un caballero, y dijo al paje:

— Parece que estais algo esado esta noche, señor

— 513 —

— ¿Y qué?

— Que como tal, tengo el derecho de entrar en todas partes, aun cuando sea en un claustro.

— ¿Y qué?

— Que iría a hacer una visita a la madre abadesa.

— Pero...

— Generalmente, esas pobres jóvenes, continuó Florimont, son hijas de la nobleza, que sus bárbaras familias las condenan a la vida monástica. Yo pasara revista al convento, y cuando la hubiese visto, y hablo de esa novicia—la hablaría en particular.

— Pero, ¿y la regla del convento?

— Un mariscal está sobre esas reglas.

— Y la madre abadesa?

— La ofrecería 2.000 escudos de oro para su convento, y estoy seguro que me cedería a su novicia sin ninguna dificultad.

— ¿Así lo crees?

— Si, monseñor, dijo el paje.

Y como la frente del mariscal se despejase, y fuese a hablar, se dejó oír ruido y voces a la puerta del salón, dejándose oír estas palabras:

— Os lo repito, caballero, el señor mariscal se halla cenando, y no puede daros audiencia.

— Y yo te digo, badulaque, contestó una voz acentuadamente gascosa, que si cena el mariscal tanto mejor, pues vengo a cenar con él.

Y al mismo tiempo se abrió la puerta, y un caballero que traía enjuto por los hombros al portero de estrados, entró arrojando a aquel a un lado, diciendo:

— ¡Por Cristo vivo! señor primo, que se entra más fácilmente en el Louvre que en tu palacio dual.

Biron exclamó al ver al personaje:

2

pudo esperar que esta mayoría fuese tal como la que en España ha emanado del voto popular.

Durante los tres primeros días de elección, por mas que ya circulaba la noticia de ese triunfo, se convenía en que antes del escrutinio era imposible hablar exáctamente del resultado de las elecciones, pero puesto que esto nada menos que el poder habitar de él con completa exactitud. Es verdad que las noticias de lo ocurrido en los distritos que están fuera de las líneas telegráficas aun no han llegado; pero se sabe lo bastante para asegurar que en una Cámara de 406 miembros los radicales contarán con 280 a 300 votos, y los republicanos 79 a 80, mientras el partido que estuvo recientemente en el poder, sumados unionistas, sagastinos y montpensieristas-alfonsinos, no tendrán más de 20. D. los carlistas no hay ninguno, pues han rehusado tomar parte en las elecciones, prefiriendo mantener su actitud insurreccional.

De la importancia de estas elecciones no hay duda alguna. La salvación de la dinastía y el porvenir de España están en juego. No es aventurado asegurar que si el Rey A. nadeo no puede gobernar a España con las Cortes actuales, no podrá gobernar con ninguna. Ha ensayado ya toda clase de gobiernos. Empezó con uno de coacción que tenía a su frente nada menos que al Regente del reino. Este ministerio cayó por la razón natural inherente a todo Gobierno de coacción. Llamó entonces a su consejo con la fracción que parecía tener mas vitalidad, al llamado partido progresista, y las cosas parecieran facilitarse por algún tiempo. Paz en el interior y crédito en el extranjero señalaron el advenimiento del Gabinete de Zorrilla, hace ahora tres meses. Su programa causó una satisfacción general, y la triunfal visita del Rey a Cataluña y a las Provincias con gran ventaja suya y de sus ministros, fué la consecuencia.

Por disensiones internas de partido, el gabinete fué destruido, y sus rivales le sucedieron. El joven rey tuvo entonces que pasar por una serie de dificultades y perplexidades que debieron serle muy enojosas. Ensayó gobernar con Malespina, con Sagasta y con Serrano, y todos cayeron. Se esforzó vanamente en unir las fracciones para hacer con la fusión de los grupos conservadores un partido único. Estos que conocían perfectamente la extensión de la decepción que les esperaba por fin de sus esfuerzos, le aseguraron que su deseo estaba realizado y que no tenía otra salvación, recibiendo alegremente el poder que él, en su honra y honrado deseo, quería ver pasar a las manos mas capaces de ejercerlo, en bien del país, y mas digno de conservarlo durante un período de tiempo suficiente a hacer el bien del país. Cuando ellos declararon la necesidad de nuevas elecciones, el rey, sin titubear, disolvió las Cortes y les dió los medios de dirigir la nueva consulta al país. El mundo sabe cómo abusaron del poder y cómo traguaron unas Cortes que eran cualquier cosa, excepto la expresión de la opinión nacional: cuánta sangre costaron al país las ilegalidades y violencias cometidas; cuánto se aprovecharon los carlistas del falseamiento del sistema representativo, para justificar su alzamiento en armas; como los republicanos siguieron su ejemplo, y como el partido más identificado con el sentimiento popular se inclinó también en la senda de la rebelión. Por unas semanas de sesiones convencionales al rey que el Parlamento estaba a punto de desmoronarse, porque no podía al país a sus palmas y carecía por consiguiente del primer elemento de prestigio, que es el verdadero sufragio del pueblo. Si alguna cosa podía en definitiva demostrar esto, era la medida que el gabinete solicitó como única que podía sostenerse contra el descontento universal del país y contra la revolución que se venía encima.

En el momento en que los ministros, al frente de los cuales estaba el general Serrano, le confesaron que la sola salvación para las dificultades presentes y los peligros del porvenir era la suspensión de las garantías constitucionales y el desarrollo de una política de fuerza, S. M. siempre fiel a su juramento, y haciendo especial contraste con el escaso constitucionalismo de sus consejeros responsables, rehusó sancionar tal violación del pacto firmado entre él y los españoles; no entraba, dijo, en las tradiciones de su casa gobernar contra la voluntad del pueblo, y antes que volver a los pueblos los poderes con que le habían investido. Nobilísimamente habló el rey en esta solemne ocasión, y caballeramente afrontó la crisis que había provocado. Sin vacilar aceptó la dimisión del gabinete conservador, aunque al hacerlo separaba de su lado los gefes militares que, después de Prim, estaban mas identificados con la revolución, como Serrano y Topete. Olvidó resultante a la mayoría parlamentaria que había sostenido a su anterior gobierno, y buscó su nuevo gabinete en la menospreciada y débil minoría. Mas aun; el mismo se impuso la violencia de ofrecer las riendas del poder a los hombres que bajo una equivocada idea de su respeto a la Constitución, le habían vuelto la espalda y rechazado sus invitaciones. Sacó a su jefe de su voluntarismo y obstinado retiro de Tablada, y sin regarar que no era siquiera diputado, puesto que voluntariamente se había despojado de este carácter una o dos semanas antes, y prescindiendo tambien de que los hombres que salían del poder no dejarían pasar una sola medida en las Cortes, S. M., olvidando cuán irrespetuosos habían sido para él, y recordando solo que la gran aspiración de los radicales y el punto cardinal de su política era gobernar con la Constitución, y solamente con ella,

llamó a su lado a los hombres cuyo corta Gobierno desde Julio a Setiembre del año último había sido tan satisfactorio para el país y tan seguro para él.

La decisión y valor de este acto, si bien devolvía al Rey mucha de su antigua popularidad, le ha creado bastantes enemigos nuevos y aumentado no poco sus dificultades. En vez de conservar buenas relaciones con él, en vez de sostenerle en sus honrados propósitos para resolver las paradjicas dificultades de la situación, la mayor parte de aquellos en quienes había recientemente confiado lo abandonaron, y ni aun permanecieron en Madrid para darle el auxilio de su consejo en algun caso imprevisto. Ríos Rosas y Santa Cruz, ex-presidentes del Consejo y del Senado, dejaron pasar sin correctivo palabras amenzadoras e insolentes en unas extra-parlamentarias reuniones; y Topete dió a entender vagamente que «sostenía la dinastía solo si la dinastía deseaba ser sostenida». Y se dice públicamente que ahora está en peor situación de ánimo que entonces. En su mano se halla, según se dice, descubrir el origen del crimen de la calle del Arenal; una palabra, una indicación suya puede hacer encontrar el hilo que conduce hasta los que han iniciado y pagado aquel execrable atentado; pero bajo el frívolo pretexto del honor y de su palabra empeñada se niega a hablar ante los tribunales. Como si no fuera mas honroso para él decir todo lo que sabe y tender una mano auxiliar a la justicia, que encubrir el delito; como dice la pública opinión! El Rey, que anunció al Gobierno el proyecto de matar al Rey el 13 de Julio, pero se alegró a decir cuando y cómo lo supo, fingiéndose que empeño su palabra de no divulgar el origen. De la obstinación de Topete a la indiferencia de Serrano no hay mas que un paso. Este ilustre hombre de Estado, desde el momento que perdió el poder se separó del Rey y se retiró a la Granja, donde permaneció aun, no habiendo ni siquiera pretendido ser nombrado diputado por ningún distrito. No es esto todo; alguno de los órganos del partido que estuvo últimamente en el poder, como por ejemplo, *El Diario Español*, se ha declarado anti dinástico y pretendido justificar su actitud en artículos llenos de amargas recriminaciones. Otros órganos del mismo partido, si bien no van hasta el punto de declararse anti-dinásticos, han dado muestras de su mala voluntad hacia el Rey, prestando sus columnas a toda clase de falsedades respecto al viaje del Rey, suponiendo la frialdad en la recepción, etc., y hasta insertando la colección de desprecios que la prensa alfonsista y republicana publicaba como cosa corriente.

Pero a despecho de todo esto, y conociendo a lo que él se exponía el joven rey, se echó valerosamente en brazos de Zorrilla y de los radicales. Zorrilla aceptó el compromiso, y como consecuencia natural, disolvió la sombra de Parlamento traída por sus predecesores. Afianzó desde el primer momento que su divisa era «La libertad suficiente para salvar la libertad y la estrella polar, la Constitución» de 1839 enteramente intacta.

Anunció que su programa era el mismo que antes, que el país había sido robado, pero que su caída dejó sin cumplimiento. Dijo: por durados, una administración honrada, una Hacienda regularizada, reformas en las colonias y todos los demás votos de la revolución, aun no satisfechos, serán iniciados por su ministerio. Parecen en las elecciones haberse de ser mi primer paso, para que las Cortes sean verdadera expresión de la voluntad nacional; tal fué su principal declaración después repetida en sus circulares y en sus discursos. Y así ha conducido las elecciones, desafiando a sus adversarios a que denuncien y prueben las violaciones de la ley. Ciertamente que elecciones muy pacíficas ó que hayan excitado menos al país, no las ha habido en España antes de hoy. Es cierto que durante ellas ha habido alguna que otra cabeza aporreada y uno ó dos asesinatos, pero este acompañamiento inseparable de las elecciones en todo país, no ha afectado al resultado en general, y el Gobierno ha prometido hacer respecto a ellos las mas estrictas averiguaciones. Se han allegado ilegalidades, pero el Gobierno las ha negado reclamando las pruebas tan libremente, que uno de los periódicos del Gobierno, ofrecía hace diez días abrir sus columnas a las oposiciones para insertar las pruebas de los abusos electorales, llamamien-to que no ha sido aceptado. Si es cierto, como rotundamente asegura el Sr. Zorrilla, que las elecciones han sido dirigidas con absoluta libertad y pureza, el resultado no puede ser más satisfactorio para él y para la política que representa, probando al mismo tiempo que el país prefiere esta política expansiva al sistema restrictivo de que pretendió tener por tipo el anterior Gobierno.

A propósito de esto, es bien singular el hecho que de los jefes del partido conservador, muy pocos han obtenido el triunfo; el mismo Sr. Sagasta, elegido en abril en Sevilla, a despecho del conocido republicanismo de aquella población, no ha sido elegido en parte alguna; en Sevilla no se ha presentado siquiera, porque sabe que todos los electores tienen células; pero lo ha intentado en Logroño, donde ha sido infortunadamente derrotado. Lo mismo ha sucedido a su satélite, el buillioso Romero Robledo y a Ríos Rosas, Santa Cruz, Topete, De Blas, Candau y Angulo y varios otros del partido que últimamente se hallaba en el poder. Algunos de estos han sufrido derrotas señaladas; teniendo enfrente adversarios poco conocidos. Otros sagastinos, no viendo probabilidades de

éxito, retiraron sus candidaturas en el último momento.

El conjunto del espectáculo ha sido por demás curioso, y nos lleva, como conclusión, a afirmar que, según estas elecciones, la gran masa del país es tan favorable a Zorrilla y su política, como opuesta a la de Serrano y Sagasta. Muchos hablan de conspiraciones alfonsistas, en que entran unionistas y sagastinos, y temen que el tramar sea fundado. Si solo la mitad de cuanto oímos fuese cierto, el mayor peligro para el Rey no sería su enemigo declarado, sino los encubiertos, que al ver perdidas sus esperanzas, han resuelto su desistimiento. Entre estos, hay muchas razones para creer se encuentran algunos de los que hace poco tiempo trataban de demostrar que eran sus únicos amigos.

Solo resta ver si las nuevas Cortes, siendo como son, populares, consiguen consolidar la dinastía, ó si esta ha de pasar por nuevos peligros, aumentados por el retraimiento de los llamados conservadores.

El Sr. Balaguer no ha podido presentar el resultado de las elecciones, sin temblar por el porvenir del bando calanarresco en general y de su personalidad particularmente; y a pretexto de dirigirse a sus electores de Villanueva y Geltrú, ha elevado al Rey un memorial que solo ha tropezado con dos inconvenientes.

El primero, que únicamente contiene en sustancia, la reproducción de una de las amenazas dirigidas en la reunión del Conservatorio a la dinastía, la del Sr. Topete, y el segundo, que todos los periódicos sagastinos ó casi todos, hasta *La España Constitucional*, que dirige el Sr. Gallo, rechazan el manifiesto del vate catalán, negando sea la voz del partido llamado conservador.

Otra vez será más feliz el Sr. Balaguer; él de las plumas de gacela cuando las hablo con su

Reventando veneno y maldad por todas sus letras, un infeliz diario sagastino y otro fronterizo, que ven con espanto aproximarse la hora del castigo legal, complemento del que la opinión pública ha dado a los trasfroides, despreciados en los comicios, procuran agitar con falsas noticias al honrado, laborioso y democrático pueblo catalán. Para conseguir su infame propósito fingen esos periódicos haber oído, y lo repiten, que la contratación del empréstito cuyas condiciones presentará el Gobierno a las Cortes, está enlazada con una reforma de los aranceles de aduanas, y después añaden que en Cataluña reina, con motivo de semejantes voces, extraordinaria alarma.

Excusado es decir, que todo ello es completamente falso, lo mismo la noticia que sus supuestas consecuencias, encantadas unas y otras a afirmar y a producir lo que no existe, y excusado tambien que digamos, sernos bastante conocida la sensatez de los catalanes para estar seguros de que solo concitarían a tan indignos manejos y a sus miseros autores el desden que se merecen.

El *Diario Español* podrá saber mucho de tabacos, pero le advertimos que cuando estampamos aquella afirmación, habíamos visto los datos que sobre el particular existen en la dirección de Reuters. En tal concepto, repetimos que el tabaco que hoy se está consumiendo fué recibido en la época de los conservadores.

Si el *Diario* quiere convencerse y no le basta nuestro dicho, puede acercarse a la dirección de Reuters, como nosotros hicimos antes de escribir el artículo a que contestó el colega.

Esto, suponiendo que *El Diario Español* habla en este asunto de buena fe, aunque mal informado.

Graves, muy graves son las inculpaciones que nuestro apreciable colega *El Progreso*, de Córdoba, dirige al jefe de la administración económica de aquella provincia.

He aquí sus palabras, sobre las que nos permitimos llamar la atención del Sr. Ruiz Gomez, para que averigüe los hechos y obra en justicia:

«Grande ha sido nuestra sorpresa al saber que ha vuelto de Madrid el Sr. D. José Martínez de la Peña, para encargarse de nuevo de la administración económica de esta provincia. Y nos ha sorprendido de dos diferentes modos, primero, porque no creíamos que ese señor, sabiendo que no solo disgusta a cuantos le han tratado, sino que ni los oficiales de la dependencia en que sirve le aceptan por jefe, hubiese vuelto a ella en gracia a su dignidad; y segundo, porque habiendo hombres muy dignos y tal vez de mas capacidad en el partido radical para el desempeño de ese puesto, no parece pro lo que lo ocupa un tan reconocido reaccionario, que tanto daño puede hacer al indicado partido.

Esto último parece despreciable por la ignorancia en que el Gobierno puede estar de los antecedentes del Sr. Martínez, pero si dicho señor insiste en su manía de seguir en esta provincia, está seguro que no faltará al ministro de Hacienda cuantos datos sean precisos para que le conozca bien y premie con

un ascenso sus brillantes servicios presentes y pasados. Y si pasado fuera, publicáremos cuanto oímos en nuestro poder respecto a la historia del tal señor, por mas que sintamos mucho verlos en este caso.

Sepa el Sr. Martínez que en una provincia en donde el decoro tiene por mucho, no se admite la imposición que el supone ó trata de suponer. Seguros estamos de que si el señor gobernador civil supiese su conducta y sus antecedentes y lo que deja a los demás empleados queriendo que se sometan a su corte de algarabios y otros rabios no se lo permitiría. Cumplámosle los deberes de todos en su dignidad, elevando una queja en forma a aquella autoridad superior que tan bien sabe cumplir con sus deberes, y se hará justicia.

Por hoy no decimos mas sobre este asunto; pero conste que el Sr. Martínez tiene por nosotros declarada guerra, y si continúa en donde no debe, dirámos todo, absolutamente todo cuanto sea necesario.

Un periódico calanar, cuyo chisnido ha llegado a ser célebre, dice que la revolución se llevó a cabo para desterrar desfillosos e inmoralidades.

Esos débiles coñateos del diario en cuestión a la Caja de Ultramar y a los autores del escandaloso expediente que pretendía explicar la transferencia.

Los radicales están en ello y piensan que sea verdad, como a algunos en sus esperanzas les ech

Un periódico sagastino ha emprendido la árdua tarea de dividir al partido radical, adulando a los unos y desprestigiando a los otros.

En vez de perder el tiempo y la paciencia en logros imposibles, aconsejamos al colega que comience una serie de artículos para reunir a los desahogados conservadores, a ver si recoge más frutos, porque nosotros nunca escuchamos las alabanzas de la serpiente.

Hallamos en un periódico, órgano de los trasfroides, la siguiente máxima: «No se negar a

El miedo se le acaba a los gobiernos cuando tienen conciencia de sus actos; cuando practican la justicia; cuando no atropellan las leyes; cuando se inspiran en la opinión pública; cuando no se valen de la libertad para desvariar; cuando no son traidores a sus promesas y juramentos, y sostienen incólume la dignidad y la honra de los poderes públicos, respetando el derecho de todos los ciudadanos».

Conformes. El poder medroso de Sagasta y compañía, pidió la supresión de las garantías en toda España, porque tenía miedo. Probado está suficientemente la no falta de semejante medida, luego no tenía conciencia de sus actos, ni practicaba justicia, atropellaba las leyes, no se inspiraba en la opinión pública, y era, en fin, el gobierno, traidor a sus promesas y juramentos, y no respetaba los derechos de los ciudadanos.

Nosotros, que mantenemos incólume la libertad, que no apelamos a la fuerza para desterrar aquellos inminentes trastornos, el colega dice sobriamente lo que somos y lo que hacemos.

Según dice *La Correspondencia*, unos carlistas han sorprendido y desarmado a los seis guardias civiles que estaban protegiendo a los trabajadores empleados en reparar los daños causados en la vía férrea cerca de Tortosa, donde ocurrió la catástrofe de que se ha hablado estas días. Los guardias resistieron, y uno fué herido de gravedad.

Parece increíble que españoles y hombres que se llaman cristianos y que quieren ser tenidos por partidarios de una bandera que estampa los lemas de ley, patria y religión, acometan empresas tan bárbaras como la que se desprende de la noticia de *La Correspondencia*.

Según dice *La Correspondencia*, no consta en el ministerio de la Gobernación que se haya hecho el reintegro de las 5.500 pesetas del fondo de penados, a pesar de lo que dice un periódico. El expediente continúa sin interrupción.

Tienen probabilidades de ser vice-presidentes del Congreso, los Sres. Gomez (D. Manuel), duque de Vergara, Mosquera, Llano y Peral; y en el Senado los Sres. Becerra, Montesinos, Eraso y algun otro senador antiguo.

Esta noche se reunirá en el Congreso la mayoría radical. No lo hace en la presidencia por no ser bastante capaz el salón, como la presidencia de ayer.

Según un parte de Canarias recibido ayer en San Roque y traído por un buque inglés, se afirma el triunfo de los candidatos radicales. El señor Leon y Castillo, único conservador que ha luchado, había sido vencido por una mayoría de 2.400 votos.

Ayer se han remitido por la secretaría de Gobernación a la del Congreso, 32 actas correspondientes a las provincias de Córdoba, Guadalajara,

Toledo y Zaragoza. Igualmente han sido remitidos por dicho departamento a la secretaría del Senado las actas de senadores correspondientes a las provincias de Córdoba y Pontevedra. Ayer tardaban presentadas en el Congreso unas doscientas setenta y tantas actas.

Como no hemos hecho ni dicho nada de lo que nos acusa *La Esperanza*, no encontramos atinada la contestación que al sueldo de ayer nos replica. Repase lo que le digamos, y comprenderá la verdad de nuestros asertos.

Encontrándose ayer mejorado de su dolencia el señor presidente del Consejo de ministros, pudo salir de casa, yendo a cumplimentar a los reyes, que durante la enfermedad del Sr. Ruiz Zorrilla han mostrado el mayor interés por su salud.

Es completamente falso que la Tertulia progresista haya hecho indicación de ningún género respecto a la salida del Sr. Montero Ríos del gabinete, como dice un periódico.

El resultado de las elecciones de diputados provinciales en esta capital, ha sido el triunfo de los candidatos radicales en todos los distritos.

Es falso que el ministro de la Guerra, se ocupe ni haya pensado ocuparse de la disolución de la guardia del rey, como anteayer lo aseveraba *El Tiempo*, periódico que ha roto relaciones con *La Tertulia*, sin duda con el objeto de poder consignar falsedades como la que hoy rectificamos.

Hoy jurará el nuevo almirante, a la una de la tarde y recibirá a todos los cuerpos de la Armada.

Los proyectos del Sr. Ruiz Gomez respecto a presupuestos han sido aprobados ya por sus compañeros de Gabinete. Es falso que uno de los proyectos del señor ministro de Hacienda, con el fin de nivelar los presupuestos, sea el establecimiento de los consumos, queriéndose el Estado con el 20 por 100, como lo asegura un colega sagastino.

Ayer tarde se han reunido en Consejo los ministros para seguir tratando de la cuestión de mesas de unas Cámaras y de otros detalles relativos a los primeros trabajos de las Cortes, sin que por esto dejaran de ocuparse tambien del proyecto de reforma de la ley de remolques, que el ministerio está dispuesto a presentar a las Cortes cuanto antes.

Aun no se ha ocupado el gobierno de la dimisión del general Izquierdo, y es dudoso si le será admitida; pero en el caso de que se pensase en darle sucesor, el mas indicado, según nuestras noticias, es el general Aróstegui.

Ha fallecido en Málaga el general D. Venancio Gurria, consecuencia progresista y ayudante que fué del duque de la Victoria.

Habia ido a Málaga con objeto de restablecer su quebrantada salud.

El baron Francisco de Expeleta y el marqués de Passenay, que han perecido en la catástrofe del puente de San Jorge, salieron de París hace pocos días, y habían venido a España para estudiar la canalización del Ebro. El baron contaba 42 años de edad y era director del Crédito Comunal de París.

Al terminar la sesión que los internacionalistas celebraron el día 7 en el Hyia, el ciudadano presidente leyó a la Asamblea la composición del nuevo Consejo general, elegido en sesión secreta. Karl Marx no forma parte de este Consejo; Kavanagh, por Irlanda; Saint-Clair, por América; Lorrel, por América; Fornaciari, por Italia; David, por Francia; Boltas, por Alemania; Karl, por Alemania; Bertrand, por Francia; Dereure, por Francia; y Spayer por América.

El presidente declara que, en virtud de resolución tomada en sesión secreta, este Consejo tendrá su asiento en Nueva-York, y que tendrá el derecho de aumentar con nuevos miembros. En seguida anunció que el próximo Congreso se celebrará en Suiza, dejando al Consejo general la facultad de designar la ciudad en que deba tener lugar.

—Y los malos?

— 514 —

—¡Noé!

—Buenas noches, primo, dijo Noé, pues era él, que abrazó a Biron con efusión. Vámos a ver; tienes algo con que yo pueda cenar? ¡por que me muero de hambre!

Y Noé se sentó a la mesa, con gran escándalo de los cortesanos que se hallaban en la ante-cámara, y que se preguntaban quién podía ser aquel arrajado gascón que así entraba y hablaba como si fuera un rey, delante del poderoso mariscal Biron.

Pero como los lectores han oído por boca del mismo Noé, Biron era su primo, y además compañero de armas.

Durante diez años, estos se habían batido los dos al lado del rey Enrique, su amigo y señor, por lo que despegóse su frente al ver al gascón, y se apresuró a decirle:

—¡Por Dios vivo! que no presumas que coadyuases el día tan bien para mi amigo Noé!

—Primo, dijo Noé, que había recordado toda su sátira de Gascón; tan luego como hace dos meses recibí tu carta, me puse en camino.

—¡Pero, calla! ¿Cuál es la razón que tienes para no tutearme? dijo Biron.

—¡Pitche! —dijo un mariscal de Francia...

—Un reyzenlo...

—¡Tanto!

—Desde Sens hasta aquí, continuó Noé, no se habla sino de ti, hasta el punto de aburrirse uno escuchando.

—¡Ah!

—En fin, que los oídos se martirizan.

— 515 —

—En tus dominios por mas poderoso que tú, dijo Noé con tono burlón.

—Si, quiero saberlo, dijo Biron furioso.

—Pues lo es, en efecto, continuó Noé; puesto que no ha habido caballero ni juez que se haya atrevido a llegar hasta ti para abogar por la causa de esos pobres huérfanos.

—Y sin embargo, tú te has presentado?

—¡Oh! yo, dijo Noé, siempre soy franco con todo el mundo, y no sería contigo, primo mío, con quien me cosería la boca; ¿no te parece?

—¡Pero el nombre de ese hombre? ¿Su nombre?

—Pues bien: ese hombre se llama Laffin, dijo Noé con fiabilidad.

—¡Laffin! dijo Biron, ¿mi secretario?

—Si.

—¡Ah! ¡ah! ¿Con qué el es más poderoso que yo?

—Si, ciertamente.

—¡Oh! ¡oh!

Y Biron principió a reír con una risa nerviosa.

—Y la prueba es que te induce a hacer lo que quiere, continuó Noé, y que está sobre los tribunales, y que en ciertos días te dá muy malos consejos, y quisiera hacer del valiente y del Biron, un traidor a su rey y a su nación.

El mariscal estaba sumamente pálido.

Noé se levantó, se dirigió a la puerta, la abrió de par en par, y dijo:

—¡Guillermo, Magdalena, venid hijos míos! el mariscal se halla en el día en que hace justicia.

Los dos huérfanos, que se hallaban vestidos de negro, entraron apoyado el uno en el brazo del otro. De pronto Biron exhaló un grito y dió algunos pa-

— 516 —

—En tus dominios por mas poderoso que tú, dijo Noé con tono burlón.

—Si, quiero saberlo, dijo Biron furioso.

—Pues lo es, en efecto, continuó Noé; puesto que no ha habido caballero ni juez que se haya atrevido a llegar hasta ti para abogar por la causa de esos pobres huérfanos.

—Y sin embargo, tú te has presentado?

—¡Oh! yo, dijo Noé, siempre soy franco con todo el mundo, y no sería contigo, primo mío, con quien me cosería la boca; ¿no te parece?

—¡Pero el nombre de ese hombre? ¿Su nombre?

—Pues bien: ese hombre se llama Laffin, dijo Noé con fiabilidad.

—¡Laffin! dijo Biron, ¿mi secretario?

—Si.

—¡Ah! ¡ah! ¿Con qué el es más poderoso que yo?

—Si, ciertamente.

—¡Oh! ¡oh!

Y Biron principió a reír con una risa nerviosa.

—Y la prueba es que te induce a hacer lo que quiere, continuó Noé, y que está sobre los tribunales, y que en ciertos días te dá muy malos consejos, y quisiera hacer del valiente y del Biron, un traidor a su rey y a su nación.

El mariscal estaba sumamente pálido.

Noé se levantó, se dirigió a la puerta, la abrió de par en par, y dijo:

—¡Guillermo, Magdalena, venid hijos míos! el mariscal se halla en el día en que hace justicia.

Los dos huérfanos, que se hallaban vestidos de negro, entraron apoyado el uno en el brazo del otro. De pronto Biron exhaló un grito y dió algunos pa-

— 517 —

—Gracias, hombre, dijo Biron, veo que en nada ha cambiado tu carácter burlón.

—¡Oh! si, nada mas que un poquito. Sin embargo, tengo mis días de seriedad. Y la prueba es que he dejado mi mujer y mis cuatro hijos y mi casa de Nérac, en la que tengo mucha prision de hacer algunos reparos, y que me he puesto en camino con mi esódero Lamazau, solo por cumplir la invitación.

Biron tendió la mano a su primo Noé.

—Yeo que eres un buen primo y un amable amigo, dijo, ¡lo que yo creo, es que te debes aburrir sobremedera en tu casa de Nérac!

De ningún modo.

—Luego ya no tienes el génio batallador?

—No. Y luego después, el amo no me necesita.

—¡El amo! ¿Qué cosas tienes! Biron dejando entrever en sus labios una sonrisa.

—Pues qué! dijo Noé, andaba en la casa de Nérac.

—Enrique de Navarra, después de todo, continuó Biron, no era mas que nuestro compañero, y si hoy es rey de Francia, es porque nosotros lo hemos querido.

—¡Yaya! que también él, dijo Noé, ha trabajado algo para ello. Pero mira, primo, si me crees, no hablémos más de él; te conozco, y sé que pasarás tu vida haciendo lo propio, al mismo tiempo que le servirás lealmente; ese es el carácter gascón.

—No eres tu tambien gascón?

—Es que hay gascónes de gascónes, primo; buenos y malos.

—Los de Nérac, y de Pau.

—Y los malos?

